

Chile me preocupa en el alma

3375

Fecha: 19/02/1988

Referencia:

País: Chile

Ciudad: Santiago

Autor: Mons. Raúl Silva Henríquez

Pocos días atrás he regresado al país después de viajar a Europa a participar en el Centenario de san Juan Bosco y a recibir un premio por mi actividad en favor de los derechos humanos. Informado de las reacciones surgidas a propósito de mis declaraciones en Europa, he decidido expresar cuál es mi pensamiento ante la situación del país.

Chile me preocupa en el alma. No puedo ser indiferente ante su presente y su futuro. Como chileno y como sacerdote deseo, con todo mi corazón, que lleguemos a entendernos y a convivir en paz. Todos los días pido al buen Dios en mi oración que se depongan amenazas y violencias y que se impongan la justicia y el derecho. Creo que este es el legado más hermoso que hemos recibido de nuestros antepasados que, con gran generosidad, supieron construir la grandeza de nuestra patria.

Amo la democracia, como la ama la inmensa mayoría de nuestro pueblo. En ella hemos nacido, en ella hemos crecido. Con sus grandezas y defectos, es el sistema que mejor garantiza la suerte de los pobres, el respeto de los derechos humanos y la participación ciudadana. Creo, en consecuencia, que debemos procurarla por el camino del respeto y del pleno ejercicio de nuestros derechos.

Hoy el país se prepara para un plebiscito. Yo hago mía las declaraciones de mis hermanos en el Episcopado sobre esta materia. Es urgente que todos cumplamos con el deber de inscribimos en los registros electorales y de votar en conciencia. El Gobierno debe garantizar el libre acceso y la utilización equánime de los medios de comunicación social -especialmente la televisión- a todos los partidos y sectores sociales. El pueblo tiene derecho a ser cabalmente informado para cumplir con sus deberes ciudadanos. Y, por cierto, pienso que debe garantizarse la plena libertad en los comicios y la forma más objetiva y transparente de efectuar la votación.

El veredicto del pueblo debe ser respetado por todos y, cualquiera sea el resultado, enfrentar el futuro con magnanimidad. No podemos seguir en la funesta dialéctica guerrera de amigos y enemigos que hace imperar una cultura de la muerte sobre una cultura de la vida y si hay un grupo social al que debemos privilegiar en el futuro, es a los pobres, que han llevado sobre sus hombros el peso del día y del calor; a los jóvenes a quienes pertenece nuestro futuro.

Soy consciente de las heridas que hay en nuestra convivencia. Algunos se sintieron pasados a llevar durante el gobierno de la Unidad Popular. El país es testigo que, como Arzobispo de Santiago, hice todo lo posible porque se pudiera superar la crisis política e institucional del país sin que se derramara sangre de hermanos. Lamentablemente, las partes en conflicto no pudieron llegar a acuerdo y se produjo el golpe militar.

Muchos han sufrido en estos años. Como siempre, la Iglesia ha asumido el papel del Buen Samaritano, y junto con enjugar las lágrimas derramadas, ha querido ser voz de los que no tenían voz. Hemos luchado con ahínco porque se imponga la justicia y se evite la arbitrariedad. No siempre fuimos oídos ni comprendidos, pero el Señor es testigo que lo hemos hecho para cumplir nuestro deber pastoral.

Con esa misma actitud miro hoy día el futuro del país y, con la sensatez que caracteriza a nuestro pueblo, considero que tiene que reinar la verdad y la justicia. Todo el que siente que sus derechos no han sido respetados debe tener acceso a la justicia y acudir a un tribunal. Pero también creo que, una vez conocida la verdad y el veredicto judicial, tenemos que tener la grandeza de ánimo de sabernos perdonar. El ejercicio de la verdad y la justicia sana el alma herida y alejan la tentación de la violencia y de la venganza. En cambio, el deseo de humillar al culpable y la dureza del corazón con el caído sólo logran alimentar el odio y el resentimiento.

Consecuente con todo lo que acabo de decir, pido perdón a los que pueda haber herido con mis palabras. No es ni ha sido mi intención. Sólo he querido expresar mi pensamiento. Pero también pido respeto por el que piensa diferente, porque la riqueza de un pueblo sólo se logra con el aporte del pensamiento y del trabajo de todos sus hijos. Que el Señor nos bendiga a todos, para que nos encontremos con lo mejor de nuestra historia y logremos convivir con armonía.

Santiago, 19 de febrero de 1988